

## RAPSODIA CON RAPOSA

*“Dormía un jardinero  
a pierna suelta:  
dormía y se dejaba  
la puerta abierta.  
Hasta que un día,  
le robaron la rosa  
que más quería”.*

Ya se había acabado la guerra aunque todavía corrían malos tiempos; igual para algunos nunca fueron buenos. A pesar de todo, con la fresca, la terraza de Campanitas se llenaba de mozos dándole a la botella de anís y sacándoles coplillas a las mozas. ¡Ante todo, viva la cuchufleta, la juerga y el *cashondeito*! Se dedicaban al cante con poco arte hasta bien tarde, cuando el tabernero se liaba a escobazos y les hacía comprender con diplomacia que era llegado el momento de marcharse cada cual a su casa para dormir la mona. Seguramente, tiempo atrás, el Jacinto también se dejaba caer por allí de tanto en tanto con su inseparable burro. La historia del Jacinto no la escuché en la taberna sino que me la contó la Oristela.

—Hablan por hablar, esos borrachos no saben de la misa la media. Cuentan que el Jacinto desanduvo el camino por miedo a los maquis. ¡Qué ignorantes! Olvidan que en esa época todavía no había maquis. Lo que sí había eran moros y piojos, grandes como cucarachas, que trajeron. Aquellos infieles arramblaban con lo que se les ponía por delante, fueran hembras peludas o plumíferas gallináceas. Paraban justo en la casa de al lado. A mí, me respetaron siempre.

—Cuénteme cómo fue lo del Jacinto.

—Pues a eso iba. No les hagas caso, a los maquis siempre le echaron la culpa de todo y no es verdad. El Jacinto volvió porque ya andaba con la mosca en la oreja. Esa noche me subí al balcón de las celindas a tomar el aire. Había estado dando vueltas en la cama sin poder dormirme. A la luna le brillaban los dos cuernos de marfil, sus rayos iluminaban los tejados de la casa del Basilio y el huertecillo. Entre las matas de nabos descubrí una sombra. Al principio me pareció una raposa, pero no. Era un hombre agachado que avanzaba a hurtadillas. Llevaba el cabello corto y unos pantalones de pana. Reconocí al Fidel, ese borrachuzo al que le decían el Chato.

—¡Anda que no le gustan las uvas a la zorra! —le solté así a botepronto. Miró hacia mi balcón y me vio.

—¿Qué *hases* ahí subía, *peaso* bruja?

—Fidelín, majete, no seas grosero. Dime, ¿a quién le vas a regar el huerto a tan deshora?

—Pues por aquí hay muchas que atrancan la puerta con una escoba—. No me quiso soltar prenda, se escabulló. A ése lo tenía *calao*. Cuando el Jacinto se llegaba hasta Villaviciosa a por unas arrobas de vino visitaba de tapadillo a la pendona de la Inés. ¡Pobrecilla!, se quedaba de noche sola sin su marido y sin su asno. El Fidel la consolaba, y de paso, cañazo, aprovechaba y le metía mano a los barriles. Mientras se perdía por el callejón de las siete retuertas le tarareé una coplilla, para que no se fuera tan de vacío:

*“Sigue Fidel tu camino*

*vete por la Carretera*

*y no te olvides del vino*

*que te da la mesonera.”*

Tanto fue el cántaro a la fuente que aquella noche se quebró. Es un decir, claro está. El Fidel no acudía a la fuente, ni mucho ni poco. Por cierto que para cántaros rotos el Jacinto se las

componía él solito, pero eso es otra historia. Aquella noche descargó al burro en la cuadra, agarró del corralón el leño grande que encontró y recorrió la planta baja a oscuras. Se conocía el camino, así que no tenía necesidad de encender la bombilla del salón ni tantear las paredes. Esquivó hábilmente la maceta de aspidistras puesta en medio del zaguán y se llegó ligerito y en silencio hasta el dormitorio. Al abrir la puerta notó que se oía más de una respiración. Entonces palpó en la cama y contó no dos sino hasta cuatro pies.

—¡La madre que te parió, *joío* penco! ¡Te vas a enterar, *mamonaso*! —El Fidel saltó de la cama y ahí le cayó el primer palazo.

—No era muy diplomático el Jacinto...

—Nada de nada. Es lo que tiene vivir en el campo, que arreglamos los asuntos por el método tradicional. No estamos puestos en *pichologías* y zarandajas de esas de la gente de ciudad.

—Va, cuente...

—Pues eso. Tanto ruido y tantos insultos profería el Jacinto que despertó a los vecinos. Yo ya estaba en primera fila frente al umbral, con el solterón del Basilio a mi lado. Vi salir al Fidel que llevaba los pantalones en la mano. Sus cositas le bailaban dentro de los calzoncillos, la camisa estaba desabrochada, una manga por fuera y los zapatos no los traía del revés porque usaba de aquellos de antes de horma lisa. El del Basilio me decía: “¿Has visto, Oristela? Me han dejado el huerto hecho un Cristo. Tú sabes que los rabanitos y las zanahorias son mi adoración, pero un día van a ser mi perdición”. El Basilio era más raro que un perro verde pero ahí tenía que darle yo la razón. Se metió enfadado en su casa y salió al poco con unas tijeras de esquilar ovejas. Justo cuando el Fidel esquivaba por un pelo un último estacazo y se escurría por la calleja, apareció el Basilio y le dijo al Jacinto con voz melosa pero cargada de veneno: “Ten, vecino. Por si te viene de gusto podar los capullos asilvestrados que se adueñan de tu linda huerta”. El otro, encarnado como un tomate, no contestó. Ya se le había escapado el Chato, así que se metió dentro la casa dando un portazo. El gachó pagó lo bebido por lo servido. Y el

Jacinto se ganó fama merecida en moler a palos al prójimo. En fin, para cosas de más enjundia se había demostrado que no valía un pimiento.

—¿Y luego...? ¿No se oyeron más gritos?

—No. No hubo más gritos. Cualquiera sabe qué hablarían allí dentro, pero fijate lo que son las cosas. La Inés nos parecía a todos muy poca cosa, con esa carita de mosquita muerta. Pero se conoce que se le hincharon lo que de natura no tenía; vendió la casa que era suya, unas fanegas de tierra que tenía allá por el Juncal, y se marchó sola a la capital. No vendió el burro al que tenía en mucho aprecio; se lo regaló a la Cana. Pasado el tiempo la historia se fue olvidando, la guerra terminó como terminó, con tantos y tantos muertos, tú ya sabes. Pero un día la Inés nos visitó por sorpresa. Supimos que había puesto una tienda de vinos en Valencia y que le iba bien. Se quedó nada más que tres o cuatro días; arregló algún negocio, departió con los parientes y conocidos. Al marcharse se llevó con ella, para asombro de chicos y de grandes, a aquel par de elementos, al Jacinto y al Fidel. A los dos. Con un par.

Ángel Figueroba